

Por [María Isabel Beltrán](#)

Después de la escuela, Ana vuelve a casa corriendo y lo primero que hace es ir a ver a la tórtola. Allí está, la pata herida aún le impide levantarse. Entonces saca de la jaula la saca con cuidado de la

jaula, le cambia la venda y vuelve a encerrar, cuando escucha que su mamá la llama. Va de inmediato.

Está muy obediente desde el incidente con Tania, su vecina, a la que encarcelaron porque la sorprendieron robando.

Y a pesar de que eran amigas. Ahora prefieren que no la relacionen con ella, pues pensarán que también se va a meter en líos. Se lo prometió a su mamá y no quiere que sufra como la mamá de Tania, que no ha parado de llorar desde que supo que su hija estaba detenida. La señora, entre sollozos, dice que ahora está más tranquila porque ve a su niña mejor, que no estará allí por mucho tiempo, y que la dura experiencia la está haciendo reaccionar. Pero Ana sabe que su vecina la está pasando mal, como su pájaro.

–Es por tu bien –le dijo la niña a la tórtola cuando la metió en la jaula–, mientras te recuperas –pero el ave no entendió y la miraba a través de los barrotes con tristeza.

A Ana le gustaría liberarla, pero sabe que , si lo hiciera ahora, la paloma se moriría de hambre. O se la comería algún gato...

Quisiera que comprendiera.

Y piensa que tal vez necesita tiempo, como Tania, tiempo para sanar las heridas y volver a volar.